

# Acaba el año de la misericordia

---

Javier Álvarez-Ossorio ssc  
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 107 – 9 de noviembre de 2016



Casa Damián  
Lisboa (Portugal)  
31 de octubre 2016

Para la acogida de niños  
de África que necesitan  
cirugía especializada.

---

**“Un deseo no cambia nada. Una acción cambia todo”.** Este es el mensaje que me encontré hace unos días en un panel publicitario en el aeropuerto de Lisboa, mientras esperaba el avión de regreso a Madrid. (Alberto Toutin y yo estamos realizando la visita canónica a la Provincia Ibérica). La publicidad pretendía vendernos un coche despampanante. A mí me hizo pensar en el año jubilar de la misericordia, que va a clausurarse dentro de unos días.

La misericordia es acción, no discurso ni sentimientos. Este año jubilar debería haber sido el año de las obras de misericordia. El Papa Francisco nos decía al comienzo del año que las obras de misericordia son “un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina” (*Misericordiae Vultus*, 15). Por mi parte, os invito a acabar este jubileo retomando la invitación a la acción en dos direcciones:

## 1. Hacia los hermanos

Lo más difícil de la vida religiosa es la comunión entre los hermanos. Siempre encontraremos razones –a veces muy elevadas y religiosas– para distanciarnos de los demás, para justificar nuestro deseo de caminar solos, para desligarnos del compromiso común. La llamada al afecto fraterno, a la ternura y a la humildad (cf. 1 P

3,8) cae con frecuencia en saco roto. Nos cuesta mirarnos unos a otros con bondad de corazón.

Sin embargo, "la cercanía hace bien a todos; la distancia, por el contrario, hace que nos enfermemos" (Papa Francisco, entrevista con motivo de la visita a Lund para los 500 años de la Reforma, 31 octubre 2016). Nuestra vida religiosa está a menudo enferma de distancia entre los hermanos. Parecería que el "enemigo" (el "diablo", es decir, el que divide) estuviera ganándonos la partida. Nuestra división desacredita el mensaje de fe que pretendemos transmitir. Si no nos amamos, el Evangelio no es verdad. Acabemos el año de la misericordia con acciones que nos acerquen a nuestros hermanos.

## **2. Hacia los que más sufren**

Nuestra misión nos impulsa a anunciar el Evangelio (cf. Constituciones 6), a hablar de Jesús, a sostener la fe de los que creen, a colaborar en el misterioso proceso de la transmisión de la fe. Pero, igualmente y sin ningún asomo de contradicción con lo anterior, nuestra consagración nos mueve a vivir como discípulos de Jesús. Y ¿qué hace el discípulo de Jesús ante el sufrimiento de sus hermanos y hermanas? El discípulo actúa. No solo razona, predica o exhorta, sino que se acerca al que sufre, lo toca, se implica en su suerte y trabaja con él. Son las obras de misericordia.

Muchos dicen que nuestra vida religiosa es "confortablemente inquieta". Es decir, somos religiosos de buen corazón, inquietos, deseosos de aliviar el dolor de los pobres, conmovidos por las tragedias que asolan a la humanidad. Pero, al mismo tiempo, estamos tan instalados en un confort que nadie cuestiona que, a fin de cuentas, no alcanzamos a hacernos prójimos de los que quedan en los márgenes y son descartados. Es más, con frecuencia somos tan bien apreciados por las personas a las que servimos, y recibimos una imagen tan positiva de lo que somos y hacemos, que parece que el Evangelio hubiera perdido su capacidad de molestarnos, de crear desasosiego, de rasgarnos el corazón.

Necesitamos convertirnos a los pobres para despertar de ese letargo. Esa conversión solo vendrá por las obras de misericordia. Nosotros, por ser religiosos, podemos y debemos vivir "exageradamente" esas obras, como hizo Damián. Acabemos el año de la misericordia con acciones que nos hagan tocar la carne sufriente de Cristo en nuestros hermanos y hermanas más pobres. Por ahí nos vendrá la redención.

